

Germinal cayó en cuenta que el cableado era un pentagrama; que los pericos eran notas musicales y que las aves escribían con sus cuerpecitos una melodía. Corrió por un papel y un lápiz, dando gracias mentalmente por las clases de solfeo que aprendió cuando niño del maestro Urbina, cuando formó parte de la banda de música de su escuela. Trazó las cinco líneas y copió, iluminado por los últimos rayos del sol, la sinfonía de notas, fusas y semifusas que ese amasijo cantarín verdiamarillo ponía en los oscuros cables de la electricidad.

El día en que le daba vueltas en su mente al plan final de su tercera fuga, Germinal Miranda desvió la vista de lo que quedaba del magro plato de sopa y miró de hito en hito al hombre sesentón sudando a mares en su saco ajado, que se plantó frente a él en el comedor. Era el alcalde de la prisión en persona, que en una inusual visita al comedor, le venía a comunicar que podía irse, que estaba libre a partir de ese momento.

— Fue un error, señor Miranda. Me acabo de enterar que hace dos años un tribunal lo sobreseyó por falta de pruebas y la comunicación de esa resolución se perdió en el camino o quedó atascado en la burocracia. Si usted hubiera tenido abogados, dinero o influencias...

Germinal se mordió los labios para no gritarle y se apretó las manos para no entrarle a golpes. Vio su propio rostro y la lágrima pintada reflejada en los anteojos oscuros del funcionario y recordó la venganza.

Se levantó de la mesa y sin llevarse nada, sin despedirse de nadie ni mirar para atrás abandonó la prisión.

*

Germinal encontró la escoba y el trapeador donde le indicó el empleador que miró la lágrima dibujada con curiosidad, pensando que era una mancha en la piel. Este nuevo trabajo no era muy diferente a los que había realizado en sus primeros meses de libertad. Era un hombre libre pero pobre, sin familia ni bienes. Lavó carros, limpió baños, cargó bloques para poder sobrevivir y realizar sus pesquisas. Logró que hacer un retrato hablado del asesino y peinó la ciudad y el país buscando al asesino de su amigo, al responsable de sus mil días de prisión injusta.

Después de limpiar catorce oficinas, entró a la última que le restaba. Encendió las luces y silbó de admiración al descubrir muchas fotos de mujeres desnudas pegadas en las paredes y acumuladas en mesas y archivadores.

— Vaya, como que tiene algo con las espaldas de las hembras — pensó en voz alta.

Realizó diligentemente su labor con ánimo de terminar lo antes posible. Cuando abrió el balcón para sacudir una alfombra descubrió que en la baranda estaba un pájaro. Un perico. El ave sacudió las alas y en silencio entró a la habitación, hizo varias vueltas y luego se posó encima de un gran sobre de manilla que estaba en un escritorio y cantó.

Germinal se extrañó al ver un perico en esas horas de la noche y con ese comportamiento. Se acercó lentamente a atraparlo. El perico revoloteó y huyó por la habitación, pero siempre regresaba y se posaba en el mismo lugar. Ya no cantó sino que se obró encima del sobre. Disgustado Germinal le lanzó la escoba y el ave se fue por el balcón y se perdió en las sombras de la noche. Germinal buscó un trapo y se puso a limpiar el sobre. Al hacerlo su mente relacionó algo. Metió la mano en el sobre que ya estaba

abierto y sacó un montón de expedientes, varias fotos de una mujer golpeada. La sorpresa lo sacudió con el impacto de un golpe al hígado. Entre los documentos estaba la foto de frente y de perfil de un hombre, de un tal Miguel Bravo. Era el rostro del hombre del carro rojo, del asesino de su amigo. Leyó ávidamente el expediente que le entregó todos los datos que le permitirían encontrarlo. Tomó la foto y se la echó al bolsillo y salió a respirar aire puro al balcón. Frente a él silenciosas decenas de pericos posaban en los alambres eléctricos que atravesaban la calle.

La lancha bailoteaba cada vez que atravesaba la estela de alguna embarcación que pasaba en dirección contraria y Germinal se agarró de un travesaño de la cubierta. Tocó la mochila a ver si los dos objetos seguían allí: la armónica y el puñal. El asesino estaba en la isla desde el día anterior y él iba en encontrarlo y matarlo.

Al pensar “matarlo” no pudo evitar un rictus de desagrado. Era la primera vez pero tenía que hacerlo. Sólo tenía que recordar a su amigo y el martirio de la cárcel para que el odio se encrespase dentro de él.

Sintió cierto alivio cuando movió los resortes del submundo de la delincuencia para vengarse de Miguel en la cárcel donde estaba, pero se enteró de su fuga y ese mismo submundo le dio las pistas para encontrarlo. Lo que significó que él mismo tenía que hacer el trabajo y no a través de terceros.

Iban muchos pasajeros por motivo de las patronales del pueblo, según se enteró. En la cubierta llamaba la atención un grupo de músicos que amenizarían el baile de esa noche, y un señor vestido de saco y corbata en un día tan caliente y además con un tono de piel que parecía maquillado.

Al llegar al muelle de la isla fue el último en bajar y se encontró con un grupo de personas que cargaban a una bolsa negra con un cadáver. Notó que el señor de saco y corbata se detuvo y que los acompañantes abrieron la bolsa y le enseñaron la cara del muerto, y luego se marchó. Él aceleró el paso y logró ver el cadáver también, antes que la cremallera se cerrara ruidosamente. Empalideció.

— ¿Cómo ocurrió? — preguntó tartamudeando.

Los lugareños le explicaron que ese hombre murió en la madrugada estrellado contra las rocas del acantilado.

— ¿Saben el nombre de él?

— Su identificación dice que es Miguel Bravo — dijo una voz. Era el alcalde de la comunidad que lucía un sombrero de paja del tamaño que correspondía a la importancia de su cargo de primera autoridad del pueblo.

— Perdonen, señores — dijo y se dirigió al policía que le estaba acompañando. — Nos deja la lancha. En esta isla no hay morgue y además si se queda nos acabaría de dañar la fiesta.

El policía indicó a los demás que le ayudaran a subir la bolsa negra a la lancha que tronaba con sus motores encendidos.

*

Recostado en la arena, se extasió con las luces de las embarcaciones en la bahía de la isla, y apuró otro trago de seco. Era la primera vez que tomaba en años. Una de sus promesas había sido no libar licor hasta consumada la venganza. Se sentía doblemente libre. Libre de la cárcel y libre de la venganza, pero en el fondo de su ser no estaba

seguro de haber podido matar a Miguel Bravo a sangre fría, de encontrarlo vivo.

Lo cierto es que decidió quedarse en la isla por los pocos días que estirase el escaso dinero que tenía. Descansaría al fin. Tomó otro trago y brindó por su amigo asesinado, por Williams III y el indio viejo. Miró hacia el cielo. Había muchas estrellas en esa luna nueva que armaban extrañas constelaciones que no conocía. Con la arena húmeda se borró la lágrima. Buscó en la mochila el puñal y lo arrojó lejos al mar. Entonces sintió el otro objeto y recordó la armónica y el pentagrama.

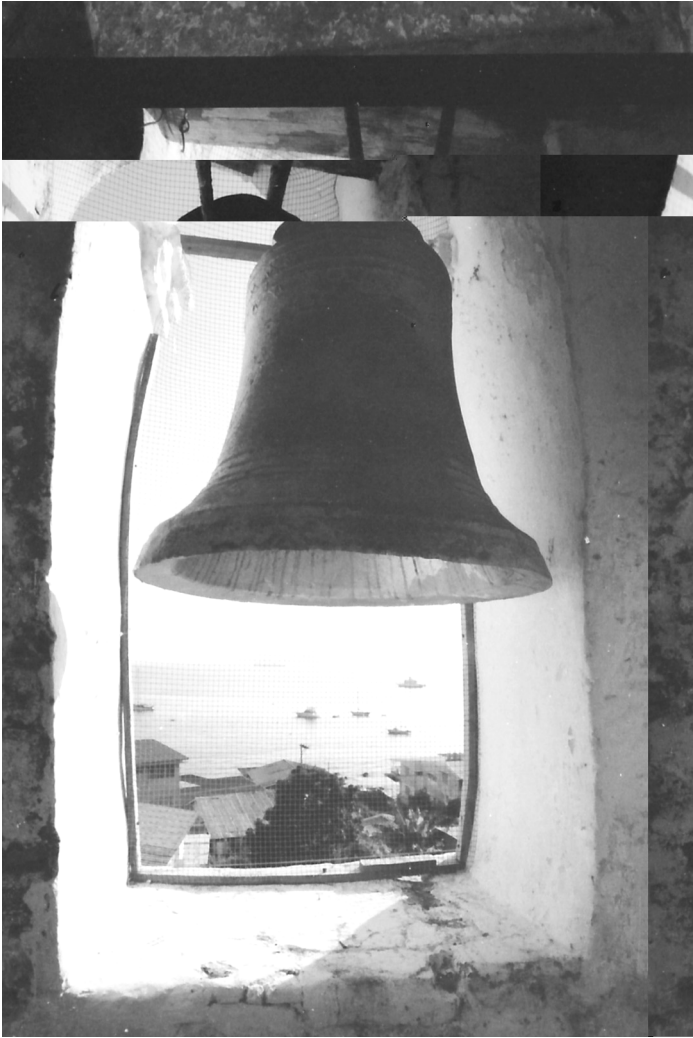
Repicaron las campanas de la iglesia, terminada la misa. Anunciaron la fiesta popular. Germinal se levantó, se sacudió la arena y caminó hacia la plaza. Vio a toda esa gente saliendo de la misa, y la plaza pletórica de luces y animación. Vio la tarima con el micrófono y los músicos con sus instrumentos listos para empezar a tocar. Sintió por dentro esa levedad especial, que adquirió desde el momento que descubrió el contenido y la identidad de la bolsa negra.

Palpó la armónica de John Peter Williams III y el papel del pentagrama de los pericos, que ya se había aprendido de tanto estudiarlo. Y recordó las palabras del indio: “Debes encontrar la música. Pero sólo debes tocarla cuando encuentres la paz contigo mismo.”

Saltó hacia el micrófono y pulsó la armónica con las notas de esa música. Los músicos se sorprendieron pero les agradó la presencia de ese espontáneo que tocaba tan bien la armónica y pensaron que era alguien del pueblo. La gente pensó que era uno de los músicos recién llegados.

Lo demás es historia. Con el embrujo de la tonada todos bailaron. Todos tuvieron que bailar. Hasta una pareja que

empezó a bailar separada y que luego se pegó tanto, que hasta soltó un extraño humillo azuloso, bajo los luceros que tachonaban el cielo y los cocuyos que titilaban en la oscuridad del monte.



REMEDIO PARA LA CONGOJA

A Isabel Romero

Era uno de esos días que anohecen temprano, tras la cortina de cuentas plateadas que dibuja la lluvia en las ventanas. Federico Sánchez me miró en silencio.

— ¿Me comprende usted don Federico? Ya no sé qué hacer. ¡Estoy frito!

— Dicen que nada es imposible — musitó el viejo.

— Se dará cuenta que mis problemas no tienen remedio ni salida posible — insistí.

Se cambió de la silla a la hamaca. Meciéndose con el pie descalzo en el piso, contó...

*

A un hombre se le metió en la cabeza la idea de convertirse en santo. Nadie sabe cómo se le ocurrió eso, pues hasta ese momento no se conocía que tuviera madera para tales menesteres. Nunca fue sacristán, ni tañó campanas en la iglesia, ni participó como novicio o diácono. La verdad es que prefería las lecturas y películas profanas al catecismo, el santoral o la Biblia.

El primer paso para hacerse santo fue realizar un milagro un día cualquiera. Pasó una mariposa tornasolada por

la esquina del mercado, donde se arremolinaba la gente a comprar sus billetes de la lotería. Atrapó suavemente la mariposa entre los dedos, le hizo una señal enigmática y la mariposa se convirtió en un billete de lotería premiado del sorteo anterior. Seguido por una multitud, el hombre se dirigió a la agencia de cambio, cobró el billete y repartió el monto entre los presentes, pero solo a los niños y a los ancianos.

La semana siguiente tocó la muleta que sostenía al por Diosero estacionado en las puertas de la iglesia y la convirtió en oro puro. El limosnero, con ese tesoro, compró una prótesis para su pierna ausente e instaló un negocio de zapatería, hoy de gran éxito.

No tardó mucho para que el cura lo descalificara por no ser un hombre pío y lo llamara charlatán. El predicador radial más escuchado despotricó contra él y lo llamó farsante.

El alcalde le exigió que portara un permiso para realizar milagros. Como no existía un permiso así ni nada parecido, no se lo concedieron, pero cuando se acercaban las elecciones y el hombre era muy popular, el alcalde recapacitó y elaboró un decreto que permitía hacer milagros, previo permiso de la primera autoridad del distrito.

A los pocos días el hombre pasó frente a un edificio en construcción. En ese momento se partió un andamio instalado a gran altura y tres trabajadores cayeron al vacío. El hombre recordó la prohibición de hacer milagros y con un ademán suspendió a los tres obreros en el aire a la altura del quinto y sexto piso.

— Esperen un momentito — les grito. — ¡Voy donde el alcalde para pedirle el permiso de hacer un milagrito!

El alcalde estaba en sesión extraordinaria del Concejo, por lo que el hombre tuvo que esperar hasta un receso para obtener el permiso correspondiente. Al regresar al edificio en construcción encontró a los trabajadores suspendidos en el aire. Restos del andamio les sirvió como mesa para jugar dominó. Un curioso les lanzó las fichas, eso sí, con carácter devolutivo.

El hombre esperó a que un jugador estrellara su última ficha contra la madera, cerrara el juego y cobrara las apuestas. Entonces, los bajó lentamente, mientras ellos revolvían las fichas para iniciar una nueva partida.

La gente aclamó al hombre y criticó al alcalde por su absurdo decreto, el cual tuvo que derogar por otro, que proclamara la libertad absoluta para hacer milagros, siempre y cuando fuera en función del bien público.

Nadie olvidó cuando hizo florecer rosas sin espinas, en todas las tumbas del cementerio de la ciudad en Día de los Difuntos. Tampoco cuando en el Día del Niño fabricó un arco iris en el interior de cada cuarto de todas las casas condenadas. Ni cuando danzaron las antenas de televisión que erizaban los techos herrumbrados de la ciudad, a ritmo de la murga de un domingo de Carnaval. Y menos, cuando sacó la plaga de cucarachas que saturaban la ciudad: tocó un yukalele que había hecho con los restos de un palo de mango derribado por un rayo y guió a los insectos con su música hasta ahogarlos en el rompeolas del puerto.

Nunca explicó a nadie de dónde nacía su poder ni cómo se generaba. Los mandamás, en lugar de perseguirlo o satanizarlo como intentaron en un principio, prefirieron cambiar la táctica y acapararlo, pero con magros resultados. El hombre

seguía siendo el de siempre, sentado todas las tardes en el mismo parque, con la misma sonrisa de oreja a oreja.

Un viernes en la noche se achispó con un par de cervezas que le brindaron y se le ocurrió levitar a los locos que deambulan por las calles. Todo el mundo lo pudo ver con claridad, gracias a la iluminación de los reflectores militares de uno de los fuertes vecinos, que siguieron las circunvalaciones aéreas de los orates, pensando que podían ser potenciales amenazas a la seguridad del Canal.

¡Cómo volaban! El loco que se encuera hizo su destape en el aire, con la gracia de un bailarín de ballet. El que come pan frenéticamente, aprovechó su ventajosa posición para disparar viriles, michas y flautas a las cabezas de los que siempre se burlaban de sus extravagancias. Un demente aprovechó para orinarse sobre un exclusivo club social. El colmo fue el que cree ser Adolfo Hitler, pues se la pasó hurgando en los tejados buscando los componentes para armar una superbomba, pero fue neutralizado por el que se cree Dios, quien se lo llevó y lo maniató a la gran antena de telecomunicaciones que domina la ciudad.

El mismo hombre también voló entre los locos, muerto de risa por sus ocurrencias. Todo iba bien hasta cuando tres helicópteros Cobra, armados hasta los dientes, les amenazaron a suspender el espectáculo y regresar a tierra de inmediato. El hombre a regañadientes cumplió la orden, pero convirtió las armas de las naves de guerra en dulces de manjar blanco.

A la mañana siguiente, presionado por amenazas, acusaciones, demandas, sermones, filípicas y exordios surgidos a raíz del vuelo de los locos, el hombre se presentó al programa de radio más escuchado. Solo dijo esto y se fue:

— ¿Saben? Se acabaron los milagros.

Y no los volvió a hacer aunque pudo evitar diecisiete accidentes, apagar cuatro incendios, detener once suicidios y exterminar nuevas plagas, ahora de ratas, alacranes y chinches.

Las privaciones que siempre habían atravesado los pobres de esa ciudad se agravaron. Los casos de desnutrición y enfermedades se triplicaron. Las casas se caían solas de viejas y apollilladas. Los hombres y mujeres sin trabajo llenaban los parques, con las manos en los bolsillos.

No solo fue una comisión de alto nivel la que acudió ante el hombre a pedirle su intervención, sino también una marcha de famélicos y desarrapados. El hombre los escuchó lejanamente pues conocía muy bien lo que sucedía, ya que él vivía allí. Fue otra vez a la radio. Convocó a todos los habitantes de la ciudad a reunirse en una gran explanada situada en la periferia. Miles y miles se movilizaron. Los que tenían, llevaban provisiones para comer y petates para sentarse.

Cuando todos estaban reunidos, el hombre se subió a un viejo camión abandonado que hacía las veces de tarima. Sonrió de oreja a oreja. Sacó su merienda de una chácara que llevaba al hombro y frente a todos la compartió con una viejita que estaba cerca de él, que no llevaba nada. La gente comprendió. Los que tenían comida la compartieron, también el espacio de sus petates. También ofertas de empleo, consultas gratis en clínicas, afianzamiento escolar y alfabetización. Se hicieron amistades y se deshicieron entuertos. Se crearon juntas para reparar casas y cosas similares. Los que no quisieron compartir se fueron avergonzados, a contar sus monedas en las cajas fuertes.

El hombre no dijo nada. La gente le aplaudió, primero tímidamente, luego las palmas fueron creciendo hasta envolverlos a todos y todas en un gran abrazo...

*

— Don Federico, entiendo la moraleja — exclamé.
— Nosotros mismos podemos “hacer los milagros”, si cambiamos nuestra actitud.

— Más o menos.

— ¿Es el único remedio? — pregunté.

— Existe un remedio para la congoja — sonrió. — Los miskitos cortan hojas de achiote de los cuatro puntos cardinales, lo machacan en una taza grande con agua y con esa agua se lavan la cara.

— ¿Servirá...?

Me interrumpió el estallido de un trueno. Se fue la luz y nos cayó la noche de golpe. Quedamos en tinieblas.

Me levanté. Palpé las paredes y busqué a tientas la cocina donde de seguro encontraría cerillos o velas. Le decía a Federico que se quedara quieto que me encargaría de todo. No encontré nada. Maldije al derribar unas ollas, rodar un tanque de gas vacío que desparramó por el piso un saco de limones.

Un relámpago fosforó en el aire. Conté los segundos para el trueno, que no se hizo esperar. Pude regresar a la sala, gracias al fognazo que me permitió ver a unos metros, sin cometer más trastadas.

Federico estaba en el mismo lugar donde lo dejé. Me produjo escalofríos su quietud y su silencio. Le escuché ponerse de pie y caminar hacia la puerta de la entrada. Vino

el siguiente relámpago. Abrió la puerta y con un alarido sobrehumano la cerró de golpe. Atrapó la luz del relámpago dentro de la casa.

Alumbrados por una prístina luz que irradiaba hasta el último rincón, permanecemos por casi una hora. Mientras la lluvia tamborileaba sobre el zinc, Fede calentó la cena y me invitó a sentarme a la mesa. Comimos sin comentar el suceso, hablamos de deportes y nimiedades.

Escampó y decidí que era hora de marcharme. Le di la mano y nos hablamos con los ojos sin mirarnos. Intuí que era la última vez que le vería con vida y que la casa iluminada en medio de la noche era en cierta forma su despedida. No lo pude evitar y lo abracé fuertemente como quise y nunca pude abrazar a mi padre, ya fallecido. Federico sostuvo el abrazo y sentí su respiración agitada.

Federico abrió la puerta para que yo pudiera salir, y la luz del relámpago huyó rauda como pájaro libre que atraviesa la jaula abierta.

Un trueno retumbó en la lejanía, mientras me alejaba de su casa, camino a la mía. La algarabía de la gente del barrio anunció que se restablecía la energía eléctrica, mientras todas las viviendas se iluminaban. Miré hacia atrás. La casa de Federico era la única a oscuras.

Respire profundamente el aire húmedo y no pude evitar el llanto. Al pasar junto a la cerca de Mister White, metí la mano y —norte sur este oeste— tomé prestadas las hojas del achiote.

Los perros aullaban cuando la luna emergía de su escondite de nubes e iluminaba cada rincón de la calle.



Índice de fotos

Gestos en el vientre de un bus

Niño en un bus, Panamá, 2003 (portada)

1. *Te estoy viendo*
Remate de cierre de un supermercado esotérico,
Panamá, 2003 (después de la pág. 14)
2. *Calle de los aguevados*
(después de la pág. 30)
3. *Hay carbón*
(después de la pág. 40)
4. *¿Qué sopa laopé?*
Barbero de Colón, calle 4, 2002 (después de la pág.
50)
5. *Aleteos de mar y tierra*
Muelle Fiscal, Panamá, 2002
(después de la pág. 58)
6. *Barcos en la Bahía de Panamá*
(después de la pág. 76)
7. *Hombre reposando*
(después de la pág. 88)
8. *Mirada desde la ternura*
Niña con muñeca, Taboga, 2003 (después de la
pág. 94)
9. “*¡Y, sobre todo, alerta!*
Si te mira el espejo,
porque puede beberse,
sediento tu reflejo.”

- (Rogelio Sinán, Onda, 1929)
David Arce, Boquete, 2002 (después de la pág. 100)
10. *Dos íconos*
Interior de la cantina “Fanny”, Taboga, 2003 (después de la pág. 110)
11. *“Fragancia de jardines y encarnación de muertos, encienden un aromado retablo nazareno”*.
(Rogelio Sinán, Semana Santa en la niebla, 1949)
Adela de Arce, Boquete, 2002 (después de la pág. 118)
12. *Niña tocando campana*
En el campanario de la iglesia de San Pedro de Taboga, 2003 (después de la pág. 128)
13. *Ángeles*
Procesión en Taboga, 2003 (después de la pág. 144)
14. *Procesión*
Taboga, 2003 (después de la pág. 164)
15. *Vista desde el campanario de San Pedro*
“Siento que la campana se renueva por cada rama que la tarde quibra!”
(Rogelio Sinán, Saloma sin salomar, 1969)
Taboga, 2003 (después de la pág. 180)
16. *Velero en el Morro*
“Luz del cielo elevado/ como torre del mar/ sobre las aguas”.
(Pablo Neruda, Tercer libro de Odas)
El Morro, Taboga, 2002 (después de la pág. 190)